



CAPÍTULO XIII.

Si el objeto exclusivo de estas páginas fuera pintar los azares y fatigas de un candidato en vísperas de su elección, yo siguiera paso á paso al de mi historia en su peregrinación por el distrito; pero como son varios los asuntos que abarcan estos capítulos mal perjeñados, me limitaré á decir, en compendio y para gobierno del inexperto lector, que por donde quiera que iban nuestros expedicionarios, hallaban con frecuencia el terreno electoral rebelde á su cultivo, y el más propicio no pasaba del aspecto dudoso que ofrecía el del Mayorazgo. En todas partes aparecían huellas de *la influencia moral* del Gobierno. Aquí se había ofrecido un juzgado de primera instancia; allá, una carretera; en el otro pueblo, la aprobación de sus cuentas municipales ¡que ya tenían que ver!; en el del otro lado, la tala de un monte, y en el de enfrente, el re-

partimiento, entre los vecinos, de ciertos terrenos de propios.

En vano don Simón saludaba hasta á los perros, y mostraba varas de cadena y adoquines de diamantes, y se desgañitaba don Celso para demostrar á las gentes reacias, con el recuerdo de otras muchas elecciones, que el poder *oficial* hace esas y otras muchas ofertas, y jamás las cumple aunque consiga su objeto. Los jefes de los diversos grupos electorales preferían ser engañados sirviendo al Gobierno, á ser servidos á medias por un charlatán con el desacreditado título de candidato *independiente*. En cuanto á las masas de electores, que eran los verdaderos árbitros de la contienda, nadie se cansaba en pedirles su parecer: irían como dóciles rebaños á depositar en las urnas una candidatura que se les entregaría cerrada; y ni más sabían ni más sabrán en los siglos de los siglos, aunque siglos dure, que lo dudo, esta comedia.

Siempre que la expedición hacía un alto, y muchas veces mientras caminaba, recontaba los votos seguros, añadía los *recaudados* últimamente, y acababa por formar un estado general, cercenando una tercera parte de los probables y añadiéndoselos al enemigo, para ponerse don Simón en el peor caso imaginable. El último cómputo que se hizo dejaba muy

dudoso el éxito de la lucha; y tener duda en tales casos, equivale á una derrota segura.

Bajo esta triste impresión, y, además, mo-
lido, sucio, desgarrado y con la cara roja como un pimiento, volvió don Simón á su casa, ocho días después de haber salido de ella.

Para colmo de angustias, cuarenta y ocho horas más tarde supo por don Celso (que había quedado con sus cinco compañeros recorriendo el distrito, el cual no abandonarían hasta que votara el último elector; tenacidad incomprendible para todo el que no sepa con qué encarnizamiento se lucha en tales batallas), supo, repito, que el Mayorazgo se había pasado al enemigo con armas y bagajes, á cambio de no sé qué ensanche que la Administración le permitía dar al cierro que conocemos; otra falanje *segura* de votos, se iba detrás de cierto cacique, seducido á última hora con la resolución favorable de un expediente escandaloso; don Recaredo decididamente no le votaba, y tres ayuntamientos, hasta entonces *seguros*, habían pasado á la categoría de *muy dudosos*, merced á ciertas garantías de favores ofrecidas por el candidato ministerial. Y lo peor de todo era que sólo faltaban tres días para dar principio á la elección; y en tan corto plazo no podía conjurarse el conflicto, aunque don Simón echara la casa por la ventana.

Don Celso concluía su carta diciendo que había que decidirse, ó por la derrota ó por transigir con el Gobierno. Según él, esto último era lo más conveniente; pues, bien mirado, el Gobierno no era mejor que otros muy malos, pero tampoco era peor; y, al cabo, para hacer algo por el país, mejor se estaba al calorcillo ministerial, que en el infierno de la oposición, ó el limbo de los independientes.

Repugnábale á don Simón perder este último carácter que tanto le halagaba; pero no podía resignarse á no ser diputado, ya que estaba con las manos en la masa. En tan apurado trance, consultó á sus amigos, quienes, por unanimidad, opinaron como don Celso.

A consecuencia de este acuerdo, mediaron negociaciones en ciertos centros oficiales, y don Simón fué admitido en ellos hasta con palio. Jugó el telégrafo; supo el Gobierno que acababa de hacer la adquisición de «uno de los personajes más importantes del país;» dijéronlo así al punto los periódicos oficiosos de la corte; súpolo toda España; desapareció la candidatura del pobre aventurero, á quien se dió en pago una credencial *de primera*, que es cuanto él ambicionaba, y se le dijo á don Simón:

—Puede usted ir á descansar tranquilo. Ya es usted diputado.

Y así fué. Verificadas las elecciones, y mien-

tras se verificaban, se habló mucho de palizas, de urnas suplantadas, de electores presos, de muertos que votaban, y aun de algunos vivos que por votar murieron; de casas que ardían, y de otros recursos tan usuales y lícitos como estos, empleados en beneficio de la candidatura de don Simón; pero lo cierto es que á éste se le proclamó diputado electo por el distrito, y se le entregó un acta que así lo declaraba, limpia como el oro.

Diéronsele, pues, las consabidas serenatas por todas las murgas de la población; recibió las acostumbradas felicitaciones, y ¡oh fuerza de la vanidad satisfecha! llegó á creerse merecedor de tanto obsequio, y hasta legítimo representante de la libérrima voluntad de sus electores. Y lo creía tanto, que, días después de elegido, se indignaba, con la mejor buena fé, al hablar de las *coacciones* ejercidas contra él por el pobre candidato de oposición durante las elecciones. ¿Qué más podía pedirse á don Simón?... Estaba en perfecto carácter de diputado *independiente*.

A todo esto, doña Juana estaba como niño con zapatos nuevos. En cuanto su marido recibió el acta de su elección, se lanzó á la calle y encargó á la modista tres vestidos *de lo mejor*, y uno de *media cola*... Iría al Congreso, á las tribunas de preferencia muy á menudo; á pala-

cio alguna vez; daría rumbosas fiestas á los hombres de Estado; obsequiarían á su hija ministros y embajadores... ¡quizá obtendría un título de Castilla!...

Todo esto, y mucho más que antes pasaba lentamente y como una ilusión por su fantasía, vió en un momento, palpable y como ya realizado, ante sus ojos. ¡Menudo sofocón iban á pasar las señoras *provincianas* que habían hecho mofa de sus resabios de lugareña! Pues ¿y cuando *La Correspondencia* anunciara sus idas y venidas? ¿Y cuando *La Época* historiase sus recepciones entonadas?

Bajo impresiones tan embriagadoras, vestida con lo mejor que tenía, y su hija con lo más elegante de su bien provisto ropero, estuvo una semana haciendo visitas que siempre había desdeñado, y pagando otras que debía de muy atrás, sólo por buscar ocasiones de anunciar su salida para Madrid, adonde la llevaba el delicado cargo con que el país había honrado á su marido.

Entre tanto, ordenaba éste sus asuntos mercantiles, para dejarlos bajo la dirección y al arbitrio de un dependiente de su confianza.



CAPÍTULO XIV.

Lo que resta de la presente historia, con ser lo más importante por lo que al protagonista afecta, ha de ser lo más soporífero para el lector, que, de seguro, conoce á palmos el terreno que vamos á pisar, y ha de anticiparse con la memoria á mucho de lo que yo le refiera. Y no será poca mi suerte si no me interrumpe más de una vez para decirme:—«Y á mí ¿qué me cuenta usted? ¡Si me lo sé de corrido mucho há! ¡Si ese tipo y cuantos con él se rozan viven en mi calle!...» ¡Desdichado inconveniente que toca todo aquel que, falto de ingenio como yo, para inventar personajes y escenas *del otro mundo*, busca el asunto de sus prosáicas relaciones en los hechos vulgares y tangibles de la vida real y práctica de los hombres y de los pueblos!

Pero ¿ha de impedirme esta razón, que en mí pesa mucho, seguir narrando los sucesos

hasta el fin de la comenzada historia? No á fé; que, después de todo, no está mandado por ninguna ley que siempre que se cuente algo hayan de ser maravillas.

Prosiguiendo, pues, sin más preámbulo, el suspendido relato, encontramos ya á Periquito hecho fraile; es decir, á don Simón en Madrid con su *angusto* carácter de diputado á Cortes; y á su familia, acomodada con él en una de las principales calles, y no en la peor de sus casas.

Pero aún no había tomado asiento en el Congreso el flamante político, y ya estaba convencido de una, para él, triste verdad; á saber: que para brillar en Madrid como brillaba en su provincia, no bastaban el caudal del rico negociante y las demás preeminencias que sobre éste habían ido recayendo una tras de otra.

La Correspondencia había anunciado su llegada á Madrid, no solamente como diputado, sino como una de las personas más importantes y beneméritas del país; y no se había sacudido el polvo del viaje, cuando el ministro de la Gobernación en un atento *B. L. M.*, le había citado á su despacho. Allí S. E. le había llenado de incienso, asegurándole, entre otras cosas, que con el concurso de hombres tan respetables é ilustrados como el señor de los Peñascales, todos los conflictos políticos y

económicos se conjuraban, y España estaba de enhorabuena.

Y, á pesar de estas y otras deferencias, que, dicho sea de paso, él creía merecer, don Simón se echaba á la calle, de intento á pié, y nadie le saludaba ni le miraba con curiosidad.

Iba al Congreso en los días que precedieron á su solemne apertura, y en sus alfombrados salones y pasillos, y en cada uno de los infinitos grupos de diputados, periodistas, altos funcionarios y otras gentes de mucha nota, que se formaban aquí y allá, hablábase de todo menos de su llegada, de su caudal ó de su *importancia*. Y, sin embargo, allí no había muchos gabanes más flamantes que el suyo, ni muchas camisas más limpias, ni muchas botas más aplomadas. Al contrario, abundaban los paños raidos, los pantalones con rodilleras, las camisas de tres días y los tacones de medio lado.

¿En qué consistía, pues, la indiferencia con que se le miraba allí y fuera de allí? Quizá se necesitase en Madrid algo más que dinero para brillar; tal vez un poco de osadía, ó muchas conexiones de familia, ó algún triunfo ruidoso; elementos todos, hijos del tiempo y las circunstancias, que él adquiriría indudablemente. Pero lo cierto era, y esto le contristaba hondamente, que su *caída* en Madrid no había hecho el menor efecto en el público. Tenía, pues, que

ganar en la corte, grado á grado, la altura que en la ciudad ganó de un brinco. La empresa, á la verdad, era superior á las fuerzas de don Simón; pero él no lo creía así, y esto le consolaba un poco.

Entre tanto, se regodeaba con las distinciones que le correspondían por su investidura. Mientras las puertas del Congreso estaban cercadas por una multitud de papanatas, á quienes se prohibía hasta aproximarse á la acera, él las atravesaba erguido entre las reverencias de los porteros que, al abrirle respetuosamente la mampara de rojo terciopelo, le decían:

—Pase *Usía*.

Una vez adentro, podía tocar el botón eléctrico que se le antojase, para pedir á un ujier lo que tuviera por conveniente; pasear en el salón que mejor le pareciese; sentarse en el diván más cómodo; escribir en los gabinetes al efecto; pedir en secretaría el expediente más difícil de hallar, y en el archivo el libro más extraño; en fin, hasta beber, de balde, un vaso de agua con azucarillo en la *cantina* de la casa.

El Ministro continuaba citándole frecuentemente á su despacho, con otros diputados de la mayoría; y allí, mano á mano y como en familia, se contaban las fuerzas y se discutían las batallas que, por de pronto, necesitaba dar el Gobierno, sin perjuicio de otras más

rudas que tendría que librar más adelante.

No se apuraba don Simón por esto, pues no paraba mientes en tan poca cosa. Fijábase únicamente en las distinciones con que se le honraba en aquella alta región. El Ministro le pasaba la mano por el lomo; le llamaba «mi excelente don Simón,» y hasta le daba un cigarro ó se le pedía; y los porteros del Ministerio, esos proverbiales cancerberos, bruscos y desabridos hasta la ferocidad con todo *simple mortal*, con él se descoyuntaban á reverencias y cortesías.

Muy envanecido con estas y otras parecidas distinciones, á falta de las más populares y solemnes que aguardaba para más adelante, considérese el efecto que le causaría la noticia que se le dió una vez en los pasillos del Congreso, de que las oposiciones iban á hacer una guerra implacable á las actas ministeriales, y que la suya figuraba en primer término, como la más escandalosa. Don Simón no había perdido aún la fé en el, para entonces, desacreditado aforismo: «de la discusión nace la luz.» No contenía el acta una mala protesta, ni él creía lo que se contaba de su elección, sobre atropellos cometidos por sus auxiliares; pero tales cosas podrían decirse en el Congreso; de tal modo podrían presentarse los hechos, que al fin vacilaran los ánimos y se pusiera todo

el mundo de parte del vencido; lo cual equivalía á echarle á él de allí y obligarle á volverse á su casa, como un Juan particular, sin haber llegado á ser *inviolable*. Esta consideración le aterró; y sin pérdida de un solo momento, acudió con la noticia y sus temores al Ministro.

—No haga usted caso, santo varón!—díjole riendo S. E.

—¡Es que se asegura mucho!

—¿Y qué?

—Que si realmente me la atacan, tales cosas podrán decir, aunque sean inventadas, que extravíen la opinión.

—¿Y para qué sirve la mayoría?

—No entiendo...

—Fíjese usted bien. La comisión será nuestra.

—Bueno.

—Y presentará el acta entre las más limpias.

—Bien; pero luego la atacarán...

—Corriente; y hablarán contra ella una hora, dos horas... ¡tres meses, si usted quiere!

—¡Canastos!

—Pero vendrá al cabo la votación; y como somos tantos contra tan pocos...

—¡Ah, ya!... Pero como yo creía que al discutirse una cosa, para algo serviría esa discusión...

—¡Medrado estaba el Gobierno entonces, amigo mío!... ¡Cómo se conoce que usted es nuevo en *la casa*!

—Todo eso es verdad; pero yo tendré que defenderme.

—¡No señor! Eso sería dar importancia á un asunto que no la tiene. La comisión se basta y se sobra para dejarle á usted en buen lugar... Para que usted *debute*, ya le buscaremos un motivo verdaderamente digno de su carácter y de su talento.

—¡Oh! mil y mil gracias, señor Ministro—dijo don Simón cayéndosele la baba;—pero yo no merezco ese concepto...

—¡Vaya si le merece usted!—replicó S. E. con una sonrisilla y un retintín que acabaron de emborrachar á don Simón; retintín y sonrisa que en aquel personaje y en aquella ocasión, venían á significar un pensamiento que podía traducirse en estas palabras:—¡Qué hermoso *suizo*!

A todo esto, doña Juana y su hija Julieta, luciendo cada día un traje nuevo en paseos y espectáculos, no pasaban de ser en espectáculos y paseos *dos señoras más*, muy bien vestidas; lo cual halagaba poco la vanidad de la *ex-tabernera*, que aspiraba á mayores triunfos.



CAPÍTULO XV.

CORRIERON los días, y se aprobó el acta de don Simón, como se lo tenía prometido el Ministro; se constituyó el Congreso, y dieron comienzo los primeros debates políticos, apareciendo en escena los *guerrilleros* parlamentarios, como en avanzada de los expertos capitanes que habían de salir más tarde á dar las batallas decisivas. Ya para entonces nuestro diputado había conseguido vencer el estupor en que vivió los primeros días, efecto de la alta idea que concibiera del mérito de cuantos le rodeaban en el salón; idea que le acoquinaba hasta el punto de no atreverse á mirar á nadie á la cara, por si le aludían y le obligaban á tomar la palabra *de repente*, lo cual le hubiera hecho el efecto de un rayo sobre la mollera. Sereno, pues, y en completa posesión de sí mismo, todo se volvió ojos y oídos.

Podía ver y oír de cerca á aquellos hombres *extraordinarios* que sabían pronunciar discursos como los que él había leído tantas veces en las reseñas de las sesiones; discursos llenos de sustancia y elocuencia; discursos que le revelaban oradores de majestuosa apostura y de irresistible autoridad, hasta en el menor de sus ademanes. De sus labios estaría pendiente el Congreso entero, unas veces convencido, otras veces indignado; pero siempre bajo la influencia poderosa de aquella elocuencia privilegiada.

¡Inútil afán el suyo! Cuanto más miraba y más quería oír, menos hallaba lo que iba buscando. Había allí verdadera fiebre habladora; pero ¿quién de los que hablaban valía el trabajo de ser oído diez minutos con paciencia? De aquí que no se sorprendiera maldita la cosa al observar que mientras un orador de mala facha y peor estilo se desgañitaba echando pestes por la boca, manoteando sobre el banco delantero y tragando vasos de naranjada, entre consulta y repaso á sus apuntes, los poquísimos diputados que quedaban en el salón se entretuviesen en hacer pajaritas de papel, en despachar su correspondencia, ó en chupar los caramelos del presidente; *dulzuras* de que provee á este personaje abundantemente el Estado, teniendo en cuenta, quizá, que para soportar la amargura de ciertas horas, no basta

un muelle sitial de terciopelo, por muy elevado que se ponga.

De vez en cuando oía don Simón conceder la palabra á un diputado cuyo nombre le era bastante conocido.—«Vamos—pensaba,—ahora irá lo bueno.» Pero tampoco le salía la cuenta; porque se levantaba una figura ruín y mal trajeada que, con voz de grillo mal emitida, soltaba un aluvión de párrafos enmarañados que nadie se tomaba la molestia de desenredar; ó un finchado presuntuoso que entre periodo y periodo de su discurso ponía una eternidad de paseos en corto, estirones de chaleco, montaduras de lente y mares de agua con azúcar; ya un perezoso desaplomado Adán que parecía *sacar* las pocas y desmadejadas frases que decía, á fuerza de restregarse contra el banco y de tirar de sus bragas hacia arriba; ó un mozo encanijado y presumido, que sin ciencia, sin virtudes, sin voz y sin palabra, quería convencer como los sabios y convertir como los justos; ya un osado boquirubio, cuyo único afán era medir sus fuerzas con las de los *padres graves* del Parlamento, que se guardaban muy bien de replicarle; ya un viejo atrabiliario, cuyos furores causaban risa y cuyos chistes hacían llorar de compasión; ya una especie de cuáker mugriento, demagogo impenitente, que vociferaba sobre

justicia y amor al prójimo, no en nombre de Dios, á quien negaba blasfemo, sino de una razón que parecía faltarle á él, ya que no á los que en santa calma le escuchaban... de todo, en fin, veía y oía, menos lo que era de esperar, dada la reputación de ciertos nombres aceptados por la opinión pública, si no como tribunos de primera fuerza, cuando menos como *oradores distinguidos*. ¡Qué valdrían cuando don Simón se creía capaz de terciar en un debate con el más guapo de todos ellos?

Verdad es que el afán, que empezaba á comerle, de echar su cuarto á espadas, le hacía ver las cosas más á su alcance de lo que en rigor estaban.

Desde luego era para él evidente, y en esto no se equivocaba, que la redacción del *Diario de Sesiones* se encargaba de convertir en un discurso perfecto la más completa sarta de desatinos. Y suplida con este auxiliar su carencia absoluta de nociones retóricas y hasta gramaticales, ¡quedábanle tantos estímulos que le aguijoneaban! ¡Había en el Parlamento unos detalles tan seductores para él!... Aquellos galoneados ujieres llevando sobre la argentina bandeja el vaso de agua azucarada para el orador, tan pronto como éste comenzaba á hablar; aquellos taquígrafos anotando escrupulosos cuanto se dijera y se accionara; aquellos

diálogos entre la presidencia y el diputado, sobre la intención de cierta frase; aquellos discreteos entre las mismas dos *potencias*, con los cuales terminaba siempre el altercado; aquellas tribunas atascadas constantemente de *aficionados* que seguían sin pestañear todos los incidentes de una sesión; aquellas señoras tan elegantes, entre las que podían figurar su mujer y su hija; aquellos diplomáticos que tal vez se apresuraran á comunicar por telégrafo á sus respectivos Gobiernos el efecto de un discurso pronunciado á tiempo y de cierta manera... no imposible para él, si se le daba *punto* conveniente y no mucha prisa; y por último, y sobre todo, aquel país que le contemplaba y que al día siguiente había de comenzar á pronunciar su nombre, y á enterarse del asunto y á tomarle por lo serio... ¡Cielos, y cómo envidiaba á los que, más osados ó más prácticos... ó más apremiados por las circunstancias, se lanzaban desde luego á la pelea! ¿Qué importaba allí el temple de los argumentos? ¿Qué más daba que fuesen éstos de acero que de cartón? ¿Decidían acaso las razones aquellos debates? Mal podía ser así cuando sólo se enteraban de ellos los taquígrafos y algún que otro curioso por observar, no *lo que* se dijera, sino *el modo* de decirlo.

—*¿Qué se vota?*—era la pregunta obligada de todo diputado al entrar en el salón de sesiones

después de oír la campanilla que anuncia afuera á los dispersos que ha concluido de discutirse un asunto y va á comenzar una votación nominal; y según que el sustentante fuera de *los suyos* ó del *enemigo*, se les respondía:

—«Vote usted que sí,» ó «vote usted que no.»

¡Con semejante criterio se resolvía (y continuaban resolviéndose), los asuntos de más trascendencia para la patria!

¿Tan insensatas eran, teniendo esto en cuenta, las pretensiones de nuestro diputado?

Poco á poco, aquella mar ligeramente agitada comenzó á encrespase rugiendo; soplaron los huracanes de la pasión política, y se desencadenó la tempestad. Entonces se dejaron ver los *dioses mayores* de aquel Olimpo, los cuales, como Júpiter en el de la Mitología, nunca aparecen sino entre rayos y centellas. ¡Peregrina misión la suya!

Durante aquel periodo turbulento, ¡qué escenas presenció don Simón! ¡qué refriegas! ¡qué motines! ¡qué escándalos!

Una vez eran dos atletas del Parlamento, que del uno al otro lado del salón, se lanzaban mutuamente los dardos más agudos y los dictionarios más envenenados: *partido sin pudor, grupo faccioso, hombre funesto, pandilla hambrienta...*

Tales piropos eran lo menos que se decían,

entre el silencio más absoluto de la Cámara y la curiosidad febril de las tribunas, de las cuales se desbordaban racimos de humanas cabezas con los ojos fijos en los combatientes, las cejas arqueadas y la boca abierta. Y cuando don Simón, pasada la tempestad, los veía salir del salón por diferente puerta, «esos hombres—pensaba—van á matarse ahora.» Y salía tras ellos azorado; y se los hallaba... comiendo, en un mismo plato, un pastel de crema en el ambigú de la casa.

Lejos de continuar allí la batalla empezada adentro, parecían, con sus cáusticas sonrisas, decir del país entero lo que del público aquellos dos cómicos al pararse jadeando entre bastidores, después de haber cruzado en la escena sus aceros, y de salir el uno persiguiendo al otro, entre frenéticos aplausos y gritos de indignación:

—«¡Estúpidos! ¡Veinte veces nos han visto hacer lo mismo, y todavía no se convencen de que todo ello es una farsa!»

Otra vez eran dos fracciones políticas que, bramando de ira, se levantaban en masa, la una contra la otra. ¡*Facciosos!*—gritaba la de la derecha.—¡*Pancistas!*—respondía la de la izquierda. Y los gritos y las amenazas, y el estruendo de doscientas voces y de dos mil porrazos llenaban el *Santuario de las leyes*, y hasta las figu-

ras pintadas en el techo parecían temblar y querer despegarse del lienzo para romperse el cráneo contra los mármoles del hemiciclo. Pero aquella tempestad no se había revuelto porque la fracción de un partido inutilizara propósitos de otro, encaminados á proporcionar algún bien á los pueblos. Cuando de esto se trataba, ya sabía don Simón que los bancos se quedaban desiertos y el presidente dormitando. Semejantes tumultos siempre eran provocados por alguna palabra suelta que no era del agrado de la fracción á la cual se dirigía.

En ocasiones se discutían hechos, ó se desenterraban expedientes, tras de los cuales aparecía la honra de algún diputado enemigo en el mismísimo traje que llevar suelen á la cárcel ó á presidio los reos vulgares. Y aquellas discusiones provocaban otras parecidas en son de represalias; y siempre acusando los unos y respondiendo los otros «más eres tú,» llegaba á dudar don Simón si aquello era el patio de un correccional, ó, como se le aseguraba, una *respectable Asamblea de legisladores*.

Entre tanto, ¿era el noble afán de purgar aquella atmósfera de ciertas impurezas lo que movía á los acusadores á descubrir tales gatupeños?—No por cierto: era siempre el espíritu de partido; ó mejor, el odio de *partida*; pues frecuentemente se promovían estos edificantes

debates entre dos agrupaciones que, juntas y en amigable inteligencia, habían saboreado poco antes las dulzuras del presupuesto. Probábalo también la curiosa circunstancia de que, pasada la refriega, quedábanse en sus bancos los acusados tan padres de la patria como el más caballero, y tan frescos y descansados como la madre que los parió.

Lo que estos escándalos y aquellos tumultos y los otros motines atolondraban á don Simón, no hay para qué decirlo, conociendo, como conocemos, su sencilla buena fé.

Pero más que los mismos sucesos le admiraba el poco rastro que dejaban en aquella casa. Buscándole con afán, se iba el buen hombre de pasillo en pasillo y de salón en salón; mas no hubiera dado con él ni la nariz de un sabueso. Se gritaba en unos corrillos, se cuchicheaba en otros y se agitaban todos... y bullía entre ellos el redactor de *La Correspondencia* con el lápiz en una mano y las cuartillas de papel en la otra, apuntando lo que se decía, lo que se pensaba y hasta lo que no se había soñado; y don Simón, tomando de cada grupo las frases necesarias, sólo sacaba en limpio que todo aquel hervidero humano era un puro cabildeo para tirar un día más en el poder los que mandaban, ó para hacérsele soltar los que le quedarían. En cuanto á la nación, en cuanto á la

moralidad, en cuanto á lo ocurrido adentro... ¡como si habláramos de la China! Ya nadie se acordaba de esas *pequeñeces*.

—Me parece—se atrevía á decir entonces don Simón á algún compañero más viejo que él en el oficio, pero no más entusiasta del sistema,—que no se observa aquí la mayor formalidad... Quiero decir que con estos enconos políticos, el país no gana cosa mayor.

—¡El país va al abismo, señor de Peñascales!

—¡Qué me cuenta usted?

—La verdad, compañero. Esto es una farsa, créalo usted.

—¡Hombre!... no me atrevía yo á decir tanto.

—Pues atrévase usted, aquí que no nos oye la patria.

—Luego, es decir que todo esto de Parlamento...

—Es una calamidad. Aquí no hay más que ambiciones personales, con las que es imposible todo gobierno.

—Tiene usted mucha razón.

—¡Y siempre sucederá lo mismo!

—De manera que si *esto*, que es notoriamente malo, se suprimiese...

—¡Jamás!—gritaba entonces el veterano enardecido.—¡Yo soy muy liberal!

—¡Oh, en cuanto á eso, también yo!—replacaba el novel, contoneándose, y hasta mirando con cara de lástima al primer tradicionalista que casualmente pasara á su lado frotándose las manos.

—¡Vivir sin Parlamento es vivir fuera del siglo! ¡caer en la abyección!

—¡Y en la *izmorancia*!—concluía, ahuecando la voz, el *ilustrado* Cerojo, que en su vida había gastado media peseta en libros que no fueran rayados *para cuentas*.

